




La Escalera

Lugar de lecturas

Estado del malestar
NINA LYKKE

gatopardo ediciones 

COMIENZA A LEER...

NINA
LYKKE



Tras la ordenada vida cotidiana se esconde un pequeño espíritu maleducado que fingimos no ver, una fuerza que despierta la carne y que a intervalos regulares aplasta toda decencia incluso en las personas más decentes.

Domenico Starnone

Capítulo 1

Nadie conoce las modas populares mejor que un médico de familia. He visto de todo: productos sin gluten, sin lactosa, sin azúcar, todas las recetas de los periódicos y de internet que convencen a personas sanas de que si dejan de comer pan o queso todo irá como es debido. Los pacientes de mediana edad no comprenden por qué están siempre tan cansados. Porque te haces mayor, les digo, pero ellos creen que esto de la edad no les concierne, igual que piensan que todo ese asunto de la muerte no va con ellos. Que la muerte hará una excepción en su caso. Dan por hecho que el cuerpo ha de funcionar sin crujidos y se sorprenden el día que deja de hacerlo. El día que las heces no salen, el sueño no llega y los músculos no colaboran. Con cuarenta y siete años no se es viejo, dice el paciente de cuarenta y siete años. Sí, le respondo. Con cuarenta y siete años se es lo bastante viejo como para que las cosas ya no funcionen como antes. Pero no están dispuestos a aceptarlo. Quieren seguir igual que hasta entonces y por eso se compran un determinado tipo de zumo o unos polvos verdes en internet, o se hacen pruebas de alergias e intolerancias alimentarias para poder seguir como antes si se toman el zumo o los polvos o dejan de consumir algún producto indispensable o no se acercan a animales peludos.

No quieren saber nada de lo que les digo, que es que tienen que relajarse, estar satisfechos con lo que tienen, comer de todo y moverse un poco, por ese orden. Estoy harta de decírselo y ellos están hartos de escucharlo, pero esa es la verdad y la verdad es aburrida.

Es viernes por la mañana, son las ocho menos cinco. En cinco minutos se desatará el caos. «Que pase el enemigo», como suele decir una de mis compañeras. E incluso ahora, después de todos estos años, puedo estar aquí sentada frente al escritorio del centro de salud, en el segundo piso de un

viejo edificio de Solli plass, y no caer enseguida en por qué hay gente fuera esperando a pasar consulta. Han pedido permiso en el trabajo para venir aquí, pero ¿por qué? En mi cabeza solo hay vacío y silencio. Sobre el escritorio tengo unos cuantos papeles, una pantalla de ordenador, junto a ella, un estetoscopio, un poco más allá una especie de máquina grande con ruedas, pero qué es todo eso, qué son todas esas cosas y qué va a pasar aquí dentro, qué se puede esperar. Por qué estoy aquí. A la izquierda, la ventana; detrás, una estantería con libros y revistas; láminas con ilustraciones del cuerpo humano en medio de la pared de enfrente. Parece la consulta de un médico, pero dónde está el médico, si aquí solo estoy yo. Dónde están los adultos, cómo he acabado yo aquí. Tiene que ser un malentendido. Tal vez pueda marcharme sin más. Hacer como que voy al baño, escabullirme entre aquellas personas que esperan afuera y desaparecer.

Pero entonces el mundo vuelve a enfocarse y me acerco a la puerta y la abro e invito a pasar al primer paciente del día, claro que sí, vuelvo a entrar en la rueda y ahí estoy, con las manos enfundadas en un par de guantes de látex y los dedos untados con lubricante frente a un hombre que está tumbado de lado en la camilla, con los pantalones bajados y el trasero blanco al aire, y en cuanto le separo las nalgas veo y huelo que no se ha limpiado bien, que no se ha limpiado en absoluto tras su última visita al baño aunque supiera que iba a ir al médico, porque sufre de hemorroides y de prurito anal, y no tengo ningún problema en ser profesional e inspeccionarle las hemorroides y después meterle un dedo con cuidado para explorarle el recto y la próstata, ya que estoy, y más tarde sacar el dedo, tirar los guantes y lavarme las manos a fondo con un cuidado casi quirúrgico y pulsar tres veces el dispensador de gel hidroalcohólico.

—Espero que no te importe que abra la ventana —le digo—. Tengo que ventilar un poco.

Mientras tanto, él se ha puesto la ropa. Ahora está sentado y parece un ciudadano cualquiera y los bultitos morados que le rodean el ano sucio del recto vuelven a estar ocultos bajo un pantalón negro con raya.

—Lo siento. No me atrevo a limpiarme bien últimamente. Tengo miedo de hacerme sangre.

—No pasa nada.

Sí, sí que pasa, dice Tore.

Tore es el esqueleto a tamaño natural que está en la esquina, entre el lavabo y la puerta. Está hecho de plástico y es mi único testigo de lo que ocurre aquí dentro. Cuando lo compré, le puse un sombrero negro de hombre en la cabeza porque me hacía gracia. En esa época me preocupaban esas cosas, el papel que desempeña el humor en la relación médico-paciente, la importancia de la risa para la recuperación. Entonces estábamos convencidos de que cambiaríamos el mundo y el sistema sanitario noruego, y veíamos a los pacientes como un todo y bla, bla, bla. También creíamos que éramos una excepción, que éramos especiales y que este centro de salud sería algo único, y tal vez sea eso lo que al final nos anima a levantarnos por la mañana, esa firme creencia de que somos especiales, de que somos una excepción.

Sí que pasa algo. Vaya que si pasa, prosigue Tore. Podía haber humedecido el papel y haberse limpiado con cuidado. Hay muchas opciones. Podría haber comprado toallitas en el 7-Eleven y haberse limpiado con ellas antes de venir. Pero no hizo ninguna de esas dos cosas. Y si está dispuesto a ponerle el culo lleno de excrementos frescos en la cara a una persona que no conoce, ¿qué no estará dispuesto a hacer? ¿Qué más esconde, qué más oculta este hombre?

Mientras me oigo hablarle de ejercicio físico, hidratación y fibra, intento abstraerme, de la voz agitada de Tore y del fuerte olor que hace tan solo unos minutos inundaba la estancia y que aún persiste en el aire.

Cuando estudiaba, hacía horas extra en una residencia de ancianos. Allí aprendí a abstraerme, y, después de tan solo una semana, podía pasar de limpiar excrementos de cuerpos y paredes y sillas de ruedas a comerme una hamburguesa en la cafetería. Construí una mampara hermética que separaba un lugar de otro, el antes del después, y sobre todo a mí de los pacientes.

Ahora ya no aguanto nada. Además de todo lo que se ha gastado y debilitado con los años, la capacidad de separar unas cosas de otras también ha empezado a deteriorarse y ahora tengo que hacer un esfuerzo consciente para aquello que hace años no me costaba nada.

Hablo mientras una serie de imágenes con vida propia me pasa por las retinas. Hablo de pomadas y supositorios, escribo una receta en el

ordenador, pero las imágenes siguen pasando y cada vez son peores, se vuelven indescriptibles, son mis propios dientes afilados que muerden las hemorroides hasta que el techo se llena de heces y de sangre. ¿De dónde viene todo esto? Antes yo no era así. He pasado cosas mucho peores. He limpiado abscesos que han salpicado no solo a quienes estábamos cerca sino, en varias ocasiones, también el techo y las paredes. He curado heridas. He visto todo tipo de fluidos corporales y olido todos los olores que puede producir una persona. No puedo derrumbarme por unas simples heces. Pero las mamparas ya no son herméticas y todo espera su momento para salir y desparramarse por completo. Si no me contengo, sería un escándalo y perdería el derecho de estar aquí, y entonces qué pasaría conmigo ahora que esta consulta y este uniforme son lo único que me queda.

Puedes tomártelo con calma, señala Tore. Además, el escándalo ya se ha producido.

Pero no aquí, le respondo. Aquí aún no ha pasado nada.

El Hombre de las Hemorroides se va. Actualizo la agenda, abro la puerta y digo el nombre del siguiente paciente, pero el único que espera ahí fuera es un hombre con gafas y coleta que niega con la cabeza. Miro a un lado y al otro del pasillo, me acerco a la sala de espera y vuelvo a decir el nombre, pero nadie levanta la vista del móvil.

Cuando me dispongo a entrar en la consulta, el Hombre de la Coleta me mira desafiante. Su mirada dice lo siguiente: Ya que el paciente anterior no ha venido, ¿puedo pasar? No, no puedes, responde en silencio mi postura. Ahora me voy a tomar un descanso, que me lo he ganado.

En otros tiempos le habría hecho pasar. Para adelantar trabajo, mantener el control y la perspectiva e irlos despachando. Sin embargo, ya hace tiempo que me he dado cuenta de que no importa lo rápido que trabaje ni a cuántos pacientes reciba. Siempre surgen más, como de un grifo abierto. Siempre hay más. No tiene fin.

Me siento frente al escritorio y miro al infinito. «No pasa nada — alcanzo a pensar—, hay que tomarse con calma estos momentos libres a lo largo del día, es importante...», pero entonces vibra el teléfono y ahora recuerdo que también vibró cuando yo tenía el dedo metido dentro del Hombre de las Hemorroides.

En la pantalla hay un montón de mensajes no leídos. Varios de ellos son de Bjørn.

¿Qué tal estás? ¿Por qué no contestas?

Ese también lo dejo sin respuesta, como he hecho con los que me envió ayer. O anoche, al parecer, porque, ahora que miro las aplicaciones, veo que me ha mandado mensajes a varios sitios, a media noche y a las tres y a las cuatro de la madrugada.

Esta es mi nueva táctica: no contestar, no coger el teléfono. Eso llevo haciendo desde ayer por la tarde, cuando ya estaba con los pulgares en la pantalla, como de costumbre. Pero no me salieron las palabras. Qué iba a escribir, quién estaba al otro lado, esperando una respuesta, y qué sentido tenía todo eso.

Deja que esperen, pensé, y apoyé el teléfono en la estantería. Lo harán de todas formas.

Cada hora que pasaba sin contestar, me sentía más tranquila, y ahora me irrita que haya tenido que vivir en este mundo durante más de medio siglo antes de darme cuenta de que lo mejor y lo más efectivo de todo es dejar de decir o de hacer lo que sea.

Pero no puedes desaparecer sin más, dice Tore, que quiere que siga en la lucha, tanto con Aksel, que está en casa, en Grenda, como con Bjørn, que ha vuelto a su vida matrimonial en Fredrikstad, como con Gro, que ha hablado varias veces con Aksel, como me ha dicho alguna vez en los mensajes que me ha enviado y a los que he dejado de responder.

Creo que no está bien, me escribió Gro ayer, y así es como solía hablar de su exmarido. Y después: *De verdad necesita a alguien con quien hablar*. Esa excusa femenina que tiene millones de años y que se utiliza para cubrir lo siguiente: Me necesita a mí.

Me imagino a mi antigua vecina y compañera de copas, sola en su enorme chalé, y a Aksel, solo en el adosado, y ahora me acuerdo de cómo se enderezaba en el asiento cada vez que Aksel entraba en la cocina, donde estábamos nosotras. No creo que fuera consciente porque, de haberlo sido, lo habría disimulado mejor.

Qué tienes pensado hacer con eso, me pregunta Tore.

¿Con qué?

Con que posiblemente Gro esté ahora mismo tumbada junto a Aksel en la cama que has pagado a medias con él y que tú también has cargado hasta allí.

No lo sé. No soy una persona competitiva. Si me encontrara en una situación en la que mi supervivencia dependiera de ello, sería una de las primeras en estirar la pata.

Tienes que hacer algo antes de que sea tarde.

¿Qué puedo hacer? Todo tiene que seguir su curso. Hacer algo solo empeoraría las cosas. Solo generaría una fricción que acabaría de encender la chispa que ya existe entre ellos.

No tienes más que esperar. Ahora están ahí sentados, cada uno en su casa, cada uno de ellos abandonado por su pareja. No podía ser más oportuno. La mesa está puesta. El mundo aplaudirá lo que se traen entre manos con la misma pasión con la que condena los asuntos turbios que se sellan con papeles y contratos y bienes inmuebles.

Y entonces qué.

Pero Bjørn, insiste Tore, insatisfecho por mi falta de reacción. Qué pasa con Bjørn.

Bjørn está en Fredrikstad, ha vuelto con Linda, su dueña y señora. Lo que demuestra que más que nada es adicción. Más que nada es necesidad de sumisión, necesidad de estar esposado. Después de la Guerra de Secesión, muchos esclavos eran reacios a abandonar las plantaciones, y no es tan raro. Lo raro es que muchos se fueran hacia lo nuevo y lo desconocido, que, por lo poco que sabían, tal vez fuera peor.

Varios de los mensajes son de Aksel. *No soporto ver tu ropa colgada en el armario*, me escribe. Aksel también ha madrugado y me relaja ver cómo se crispa con cada nuevo mensaje. *No soporto tenerla aquí, la he metido en bolsas de basura y las he llevado al garaje. Puedes venir a buscarlas cuando quieras, pero no entres en casa.*

Me doy cuenta de que la casa ahora es suya, y pensarlo no me acelera el pulso. Con la de años que le he dedicado a esa casa de Grenda, a limpiarla y restaurarla y a construir el desván y el sótano y ahora la he regalado y estoy

aquí tan tranquila. Es cierto que la he regalado con la condición de que la hereden las niñas y que Aksel no pueda ganar ni una corona con el alquiler sin consultárselo a ellas, pero aun así.

Si una está callada y pasiva el tiempo suficiente, empiezan a suceder cosas por sí solas y enseguida recibo otro mensaje de Aksel, a pesar de que lo más probable es que él también esté trabajando, y ahí llega la amenaza, como un gusano que se asoma por su agujero y vuelve la cabeza hacia la luz: *Ida me llamó ayer y me preguntó cuándo iríamos a Hvaler este verano.*

Traducido significa lo siguiente: tenemos que hablar con las niñas pronto, contarles lo que ha pasado. Si no tomas la iniciativa, lo haré yo. Y entonces yo seré el primero que les cuente mi versión de los hechos.

Sigo sin contestar. Cuéntales tu versión antes, Aksel. De todas formas, yo soy la mala de la película.

Tore: Pero antes o después tendrás que contestar, hablar, hacerte cargo. Y cuando llegue tu turno de contar lo ocurrido, ¿cuál será tu versión? ¿Cuál es tu versión definitiva?

Tore suelta una de sus peculiares carcajadas y prosigue, diligente: ¿Que tuviste un amante porque Aksel no te prestaba atención? Que fuiste infiel porque Aksel estaba demasiado ocupado con el esquí de fondo, ¿o no fue así? ¿Que comenzaste una relación con Bjørn porque en su mirada te reconocías a ti misma a los veintidós años? Porque tienes miedo a la muerte, porque solo tenemos una vida y no tiene sentido que...

Chis.

O sencillamente porque estabas harta. Estar hasta las narices es un mal común, pero le ponemos nombres más complejos para poder vivir con ello. ¿Me dejo algo?

No respondo y Tore prosigue. A ti y a Aksel os iba bien, ¿verdad? ¿Qué fue de esa tarde de verano cuando las niñas jugaban en el jardín o correteaban por Grenda y vosotros estabais en la cocina, quitando la mesa, hacía calor, tú no llevabas más que un vestido corto y te quitaste las bragas y te sentaste en la encimera de la cocina? Esa vez, a Aksel le bastó con ver tus muslos morenos. Enseguida lo tuviste dentro. Estabais ahí en la cocina, con los vecinos y las niñas ahí afuera, cualquiera podría haber aparecido y lo sabíais, y si alguien os hubiera pillado con las manos en la masa solo os

habría vuelto más atractivos de lo que ya erais, un matrimonio atractivo que tiene relaciones de pie en la cocina mientras sus hijas juegan en el jardín. Dejasteis los cacharros sucios y subisteis al dormitorio y lo hicisteis otra vez. Mira lo que hacías antes con tu vida y cómo lo dabas todo por hecho. ¿No estabas satisfecha?

Sí, lo estaba. Y no lo daba todo por hecho, al contrario. Y de todas formas he pasado de no entender cómo he podido acabar aquí a no entender cómo pude aguantar tanto tiempo en Grenda. Todo aquello que alguna vez temí que pudiera suceder ha sucedido y aun así me parece mejor y más correcto vivir aquí y desplegar la butaca de Ikea por las noches para montar la cama que cualquier otra cosa que haya hecho nunca. Como si todo este tiempo me hubiera dirigido hacia donde me encuentro ahora mismo.

Capítulo 2

La primera noche de esta nueva era la pasé tumbada y despierta en la camilla, oyendo los tranvías que iban y venían a Solli plass. El último pasó con su traqueteo a eso de la una y media de la madrugada.

Al día siguiente, al terminar la jornada laboral, cogí el autobús que va a Ikea y compré una butaca que se convierte en cama. En Ikea también compré un cubo de basura grande en el que guardo la sábana, el edredón y la almohada.

La tercera noche estaba desesperada por hablar con alguien, quien fuera, sobre cualquier cosa. Intenté entablar conversación con la mujer de la limpieza cuando la vi aparecer. Le pregunté por su vida. ¿Tenía hijos? Me quedé de pie mirándola y tomando un café mientras ella trabajaba y respondía a mis preguntas. *Yes. Her name is Maria. She is five years old. She is living with her grandparents in Poland. Of course I miss her.*

No la molestes, dijo Tore. Esa fue la primera vez que lo oí hablar. En ese momento no reaccioné, habían pasado muchas otras cosas. Hablar con el viejo esqueleto de plástico que estaba en un rincón me pareció de lo más natural y le respondí, en silencio, claro, para mis adentros, pero como si se tratara de una persona de verdad: siento curiosidad por la vida de estos polacos. A menudo son gente con estudios superiores y quiero saber cómo se sienten al encontrarse en Noruega en el nivel más bajo, como personal de limpieza y de mudanzas, pintores y lijadores de suelos.

No te basta con que te limpie la consulta, también le tienes que sonsacar información.

Pero si me contesta.

No se atreve a hacer otra cosa. Es una señora de la limpieza.

Pero no lo hago con mala intención, solo quiero hablar con ella y estoy harta de analizarme. Si se hace durante mucho tiempo, al final ya no queda nada. Y detrás de todo hay otra cosa y detrás de ella otra más. No se acaba nunca.

Pronto llevaré viviendo aquí tres semanas. La butaca que se convierte en cama es dura e incómoda, y por las noches me despierto casi cada hora, pero no me doy permiso para levantarme hasta que no son casi las cinco, porque a las cuatro aún es de noche, a las cinco ya puede empezar el día y si el reloj marca las cuatro y cuarto, he de esperar hasta y veinte. Solo entonces puedo ponerme el uniforme y colarme en el baño del pasillo. Alguna vez, a esa hora, me he encontrado con compañeros y he hecho como si hubiera llegado temprano al trabajo, aún más temprano que ellos. Cero explicaciones, cero disculpas. *Never complain, never explain*. Nos miramos con resignación: así son las cosas. Los médicos de cabecera tenemos que trabajar día y noche.

—Lo que haces va en contra del convenio —me dijo alguien un día—. Te pasas la vida aquí. ¿Te has mudado a la consulta?

—Sí —le respondí—. Pensé que estaría bien. Tendríamos que resignarnos todos y mudarnos aquí todos juntos, y por qué no hacerlo cuanto antes.

Sonreímos. Je, je.

Cuando se tiene algo que esconder, merece la pena ceñirse lo más posible a la verdad. Decir la verdad y ver qué pasa. Pero no pasó nada. Mi colega asintió con la cabeza y siguió su camino.

A veces prefiero hacer pis en el lavabo de la consulta. Después guardo el edredón, la sábana y la almohada y pliego la cama para volver a convertirla en esa butaca normal y corriente que está en un rincón de la consulta. Bebo agua, me lavo los dientes, abro la ventana para que se vaya el olor que delataría que ahí ha dormido una persona, y me voy a la cafetería a buscar un café. No enciendo la cafetera, al menos no todos los días. En lugar de eso uso el hervidor de agua para hacerme un café soluble, solo. Antes le echaba leche al café, pero he decidido que la leche, al igual que una cama mullida, es un lujo que ya no me merezco. Además, así tengo una cosa menos que recordar.

En la cafetería aumenta el riesgo de que me encuentre con alguien, ya que la compartimos con el centro de salud del piso de abajo. Una mañana había una psiquiatra, especialista en trastornos alimentarios, junto a la encimera de la cocina.

—Qué buen aspecto tienes —me dijo—. ¿Has adelgazado?

—Puede.

—¿Cuál es tu secreto?

—Meterme los dedos después de cada comida —le respondí, y nos reímos.

El humor es importante, pensé en el camino de vuelta a la consulta. Es importante reírse. Cada vez que nos reímos se segregan unas sustancias que... Ay, cállate, dijo Tore cuando entré. Cállate.

Por las mañanas, entre las cinco y las ocho, escucho la radio, bebo café y hago el papeleo. Miro los resultados de los análisis de sangre y reviso las epicrisis y las notas del hospital. Tengo tanto sueño que se me cae la cabeza sobre el teclado y aun así este es el mejor momento del día. Por la ventana oigo el primer tranvía que llega a Solli plass y después se va, y mientras redacto informes médicos para la oficina de empleo y las aseguradoras y relleno formularios que son más detallados y minuciosos cada semana que pasa, escucho la emisora NRK P1 muy bajito. El sistema nervioso no tolera las emociones a esas horas de la mañana, y tampoco el resto del día, por su propio bien; ni sobresaltos, ni anuncios estúpidos ni música demasiado antigua o demasiado moderna. Solo un sonido autorizado, editado y financiado por el Estado.

No pasa nada es el mensaje del murmullo radiofónico. No pasa nada.

Antes se lo preguntaba a Aksel, ya fuera en casa o mediante un mensaje de texto, por ejemplo, después de una consulta difícil. No pasa nada, ¿verdad? Y a menos que estuviera en medio de una operación, siempre me respondía: No, no pasa nada. Claro que no.

Ahora ya no se lo puedo preguntar a él. Si se me ocurriera mandarle un mensaje así a Aksel, tal y como están las cosas, lo interpretaría como una declaración de guerra. Como si yo hubiera renunciado para siempre a mi derecho de que me asegurase que no pasa nada.

Alguna que otra vez he estado a punto de escribir a Aksel para contarle algo, cualquier cosa, tal vez alguna novedad sobre un paciente del que le haya hablado antes y que sé que podría interesarle, y he llegado incluso a coger el teléfono antes de recordar que ya no era posible y entonces me viene a la mente un «pero qué has hecho, qué has hecho». Miro a mi alrededor, busco ayuda, trato de recopilar recuerdos, réplicas y sucesos que me ayuden a concluir que «habría ocurrido de todas formas». Como unos pacientes míos, un matrimonio cuyo hijo falleció a causa de un fallo cardíaco congénito, pero no diagnosticado: «habría ocurrido de todas formas». En su caso era cierto, en el mío no.

Las primeras mañanas me despertaba con un grito ahogado y tenía que quedarme un rato en posición fetal para recobrar el aliento. Cada vez que me sucedía eso pensaba que había llegado mi hora, que me iba a morir, y el tercer o el cuarto día llamé a Aksel y le dije que podía quedarse con mi parte de la casa. En realidad, le mandé un mensaje, para no poder echarme atrás. Cuando volviera a despertarme sin aliento a la mañana siguiente, podría decirme a mí misma lo siguiente: pero le he dado mi parte de la casa.

Desde que me mudé a la consulta, Aksel no me había llamado ni cogido el teléfono. Ahora se han vuelto las tornas, pero por entonces era él quien se negaba a responder. Sin embargo, en ese momento me llamó de inmediato. Más tarde ese mismo día, sentados a la mesa del comedor en Grenda, su expresión cuando comprendió que iba a convertirse en el único propietario de la casa casi hace que todo hubiera merecido la pena.

El abogado nos envió un nuevo contrato, lo firmamos y todo siguió igual. Y por qué iba a ser de otra manera. Pero así, por lo menos, las niñas podrían conservar la casa en la que se criaron. Uno de los argumentos de Aksel era que no podía comprar mi parte. Fue una de las primeras cosas que dijo cuando todo saltó por los aires. Y ahí estaba de nuevo esa fijación por el dinero y los bienes inmuebles, y cada vez que me acordaba de ese aspecto de él se me relajaban los músculos del cuello durante un buen rato.

Se me pasaron los ataques de ansiedad, pero volvieron en cuanto acabaron los asuntos prácticos del contrato y el abogado y el catastro.

Lo que quiere decir que pagaste más o menos medio millón de coronas por cada mañana sin ansiedad, dice Tore. O doscientas mil por cada vez que

te acostaste con Bjørn, que también puede verse así.

No respondo, y Tore prosigue: Es como un pozo sin fondo, que nunca se llena por mucho que hagas o que des de ti. ¿Cuándo vas a darte cuenta? Has nacido con la sensación de arrastrar una deuda y esa sensación te seguirá hasta la tumba. Tienes que aprender a vivir con ella y dejar de hacer cosas raras. Tienes que aprender a vivir con ella como la gente vive con el duelo. Paso a paso, poco a poco.

Sigo sin responder y Tore intenta atacar desde otro ángulo: No me puedo creer que te deshicieras de la casa. Hay que ser boba. Has perdido el poco espacio de negociación que tenías.

No quiero tener espacio de negociación. Quiero huir de los lugares en los que se dice «espacio de negociación». O de aquellos en los que la gente utiliza la expresión «arreglar el matrimonio».

Últimamente, me dan ataques de ansiedad en pleno día y me tengo que inclinar hacia delante y llevarme las manos a las rodillas y concentrarme para que el aire me llegue a los pulmones. Los ataques de este tipo que puede soportar el cuerpo tienen un límite y es un alivio que lo tengan, porque después de un rato el cuerpo se da por vencido por esa vez.

La cosa consiste en reunir todas las fuerzas para mantener el ánimo, me digo a mí misma frente al espejo, porque se puede programar el cerebro. Los pensamientos, los sentimientos y toda la actividad cerebral pueden crear y seguir nuevos patrones con el tiempo. Y eso puede ser un arma de doble filo. La depresión puede colarse en cualquier momento. Al principio puede resultar tentador rendirse a ella, pero una vez instalada, librarse de ella puede ser más difícil de lo que hubiera sido enfrentarse a ella en un primer momento. Eso les digo a los pacientes.

Relájate, estate satisfecha con lo que tienes, come de todo y muévete un poco.

Sonrío con tantas ganas que se me ven las encías.

No pasa nada, ¿verdad?, le pregunto a Tore, pero no me contesta. Se queda ahí parado, con su arrogante sonrisa de esqueleto que le llega hasta las orejas y pienso en algo que decía uno de mis profesores de la carrera: «Por dentro siempre estamos sonriendo».

Aksel iba demasiado a esquiár, podría haber dicho con cierto derecho. Pero ¿y si existiera una explicación? ¿Y si hubiera otras versiones, sin héroes y sin villanos?

Os iba bastante bien, ¿no te parece?, dice Tore entre dientes.

Aksel lo superará, lo superaremos los dos. No es la primera vez que una pareja supera una infidelidad. Y que, incluso, les va mejor que antes.

No te olvides de la entrevista que leíste el otro día en la que le preguntaban a una terapeuta matrimonial si recomendaría la infidelidad como remedio para una pareja en crisis y ella respondió lo siguiente: «En la misma medida en la que recomendaría un cáncer». Y aquí estás tú, con una metástasis, esperando que funcione la quimioterapia.

Aksel no sabe que vivo aquí. No le he mentado, solo le he ocultado información, como hice durante todo el año pasado, y por tanto cree que vivo en mi casa de la infancia en Oscars gate. Habría sido lo normal ahora que mi madre vive en una residencia y el apartamento de Oscars gate está vacío.

Cada noche pienso en irme allí. Al contrario que aquí, en Oscars gate me está permitido vivir y, además, hay dos camas en condiciones, cada una en un dormitorio. Pero todas las noche me acabo quedando aquí. Hay algo atractivo en esta situación temporal que además está prohibida. Sí, tal vez sea por lo prohibido. El placer infantil de que no me pillen, todos los trucos a los que tengo que recurrir para pasar inadvertida.

Como ya he dicho, no duermo mucho por la noche, pero si tengo unos minutos libres a lo largo del día, me tumbo en la camilla. Subo las piernas a los estribos que se utilizan para las revisiones ginecológicas y allí, en medio del barullo cotidiano, con la mandíbula desencajada, duermo más profundamente que en cualquier otro momento del día o de la noche en cualquier otro lugar.

Entonces, ¿por qué no me tumbo en la camilla también por la noche? No serviría de nada. Si dormir en la camilla con las piernas en los estribos se convirtiera en una nueva rutina, en una nueva receta, algo que debería hacer, tampoco podría dormir allí. No sé por qué, pero lo que sí sé es que para poder dormir en la camilla es necesario que lo vea como algo malo, algo que no debería hacer. Oh, no, pienso, no me puedo tumbar aquí,

porque afuera hay pacientes que esperan que se abra la puerta, tengo que actualizar los historiales, tengo que..., y entonces me quedo dormida.

Ya he pasado los cincuenta y, aun así, he vuelto a esta vieja rebeldía infantil, como si una parte adolescente de mí hubiera estado durmiendo en alguna parte y ahora se hubiera despertado y hubiera devorado a la parte adulta de un solo bocado.

Capítulo 3

Debo de haberme quedado traspuesta en la camilla, aunque no recuerdo haberme tumbado, porque me despierto cuando llaman a la puerta.

Dos segundos, exclamo, y me voy muy deprisa al lavabo y me salpico la cara con agua fría y compruebo en el reloj de la pared que solo han pasado diez minutos, así que sigo por el buen camino y enseguida tengo al hombre de la coleta sentado frente a mí.

—¿En qué puedo ayudarte hoy? —le pregunto con una sonrisa.

En algún sitio he leído que si un hombre y una mujer se comportan de la misma manera, la mujer parecerá más enfadada, por lo que, para compensar, las mujeres tenemos que sonreír y asentir con la cabeza más que los hombres. Por otro lado, vivimos más años. Y no se nos cae el pelo. Si a las mujeres se nos cayera el pelo a los treinta —como le está pasando al hombre que tengo delante, y se podría pensar que por eso lleva una coleta —, verías tú qué cachondeo.

El hombre de la coleta no me devuelve la sonrisa.

—Quiero que me deriven al psicólogo —dice, y me mira fijamente con los ojos redondos a través de las gafas.

—Muy bien. Pero antes de que pueda derivarte, me tienes que contar por qué crees que necesitas la ayuda de un psicólogo.

«Míralos, escúchalos». Me llevó muchos años aprenderlo. Un día, hace muchos años, cuando hice un resumen de la consulta en la grabadora como de costumbre, como hacíamos en aquellos tiempos, se me olvidó apagarla, por lo que grabó también la consulta siguiente. Cuando me dispuse a escuchar la grabación, al principio no entendía de dónde salía esa voz chillona ni de quién era. Hasta ese día, de alguna manera me había convencido a mí misma de que se me daba bien escuchar, de que era una

doctora prudente y segura. Mi ideal era ser como los revisores del tren, diligente, pero no demasiado cercana. Cuando me oí a mí misma, me di cuenta de que sonaba como un cuervo demente, chillón y engreído. Mi voz retumbaba en la sala, me reía de mis propias ocurrencias y no le daba la palabra al paciente, sino que lo interrumpía y le sacaba las frases de la boca y al final pude oír cómo se daba por vencido.

Fue como recibir un mazazo en la nuca. ¿De dónde salía esa brecha entre cómo me veía a mí misma y cómo me veían los demás?

Desde ese día, trato de escuchar lo que dicen los pacientes y me he dado cuenta de lo nuevo e insólito que resulta esperar a que terminen de hablar antes de decir algo. No interrumpirles, no acabarles las frases, dejarles hablar hasta que ya no tengan nada más que decir. Al principio me picaba todo el cuerpo. Quedarme en silencio requería fuerzas y paciencia, pero al final era como salir de una bruma.

Pero el Hombre de la Coleta no quiere hablar.

—Porque estoy deprimido.

Ahora que me acuerdo, en un principio había intentado tratar este asunto por correo electrónico porque, al igual que otra mucha gente, se piensa que no soy más que una especie de portera de los médicos de verdad, es decir, los especialistas, y que yo, la médica de familia, la portera, la secretaria, lo derive no es más que una formalidad que también puede hacerse por correo electrónico o por SMS. Pero no es así, y por eso le respondí que pidiera una cita.

—¿Podrías describir cómo se manifiesta la depresión, de dónde crees que viene, esas cosas?

Tiene las muñecas blancas y estrechas, cubiertas de vello negro. Está delgado, lleva ropa gastada y emana un olor grasiento a algo, tal vez sea que tiene sucio el cuero cabelludo. Es un olor fuerte, como a pescado. ¿Sardinas? Con los años se me ha agudizado el sentido del olfato, pero ¿de qué me sirve? Este cuerpo, esta cáscara indefensa que nos rodea y desde la que vemos el mundo. El cuerpo es la jaula en la que vivimos y, de vez en cuando, sin que sepamos por qué, sacudimos los barrotes y la jaula se tambalea. Y ahora quiere ir al psicólogo. El mantra de nuestro tiempo: ve a terapia, vete al psicólogo. ¿Por qué no «lávate el pelo un poco más a

menudo»? ¿Y por qué no «lávate los dientes después de comer sardinas»? Ahora percibo otro olor más, qué pasa con esta peste, ¿acaso la gente ya no se lava?, el olor me recuerda a algo y de repente me queda claro: es el olor que aparece cuando a Aksel se le olvida sacar la ropa de deporte de la lavadora. Eso es: una mezcla de humedad y podredumbre.

Era el olor que *aparecía* cuando a Aksel se le *olvidaba*..., señala Tore, porque ya no vives con Aksel en Grenda, ahora vives aquí.

Pero seguimos casados. Ni siquiera nos hemos separado. No hemos firmado ningún papel.

No, bueno, solo el contrato de la casa.

El Hombre de la Coleta me mira.

—¿Por qué? ¿No me puedes derivar sin más?

El Hombre de la Coleta es profesor, y los profesores, junto con los abogados y otros médicos, son los pacientes más difíciles. Los profesores lo son porque tratan de llevar la voz cantante, de manera que resulta difícil manejarlos. Además, son descarados. «Si se me permite hablar», dicen. «Mírame cuando te hablo». Eso me dijo un profesor la semana pasada. Tenía la edad de mis hijas. Los abogados son difíciles porque conocen al dedillo las leyes y los reglamentos, y los médicos porque saben lo poco que podemos hacer los médicos y lo poco que sabemos. Por suerte, los médicos nunca van al médico. Yo incluida.

—No, no puedo. Tengo que evaluarte antes de poder derivarte a otro profesional. Empecemos por lo más básico: ¿duermes bien por la noche? ¿Comes bien? ¿Te aseas?

El Hombre de la Coleta pone los ojos en blanco.

¿Qué ha sido del respeto que la gente les tenía a los médicos? Ay, cómo lo echo de menos. Ay, cómo odio estos nuevos tiempos en los que el individuo está en el centro y el cliente está en el centro y el servicio y la calidad en todas partes. Ay, cómo odio a los pequeños consumidores mimados y con el estómago lleno que alargan sus rechonchas manos para obtener más beneficios del estado del bienestar. Ay, cómo odio que puedan elegir su propio médico, su propio hospital y su propio tratamiento, porque así son ahora las cosas, sí, así son, pero el cerebro no está programado para tomar tantas decisiones. Y también odio internet y los SMS y los correos

electrónicos y todos esos inventos del demonio. Y, ay, cómo odio todo aquello que la gente cree que sabe, toda esa autoestima exagerada. Mucho se habla de la ley de Jante^[1], pero el caso es que está muy poco presente, y ese es el problema.

—Si te derivó al psicólogo, tengo que saber el motivo por el que necesitas ayuda psicológica. Tengo que apuntarlo en tu historial y también en el informe que le envíe al psicólogo. Por eso me gustaría que me hablaras un poco de tu vida y de por qué necesitas ayuda.

El Hombre de la Coleta suspira, se estira en su asiento y empieza a contar con los dedos.

—Duermo mal, no me gusta mi trabajo, me siento solo, no tengo amigos, en cualquier caso ninguno que me caiga bien, no soporto hacer ejercicio, es superior a mis fuerzas eso de correr por ahí como un idiota, no tengo éxito con las mujeres, al menos no con las que me interesan. Odio a mis alumnos y a todos los vecinos del edificio en el que vivo. A los perros que cagan en la acera. A la gente que no lleva a sus chuchos con una correa.

—Ya veo. ¿Estás soltero?

—Sí. Hoy en día, las mujeres son muy quisquillosas. Tienen una lista de requisitos, y si no encajas en uno de ellos, chao.

Me mira fijamente mientras habla. Los ojos, como platos, suben y bajan detrás de los cristales de las gafas y no tardan en posarse en mi pecho. Hay algo en su forma de mirar, sin pestañear, que parece indicarme que es mi culpa que tenga que mirarme de esa manera. Como si eso, como todo lo demás, escapara a su control. Es algo que el mundo le debe y no se lo ofrece. He aquí el espíritu de los tiempos: todos tenemos una deuda que cobrar. Es una lástima para todos.

El Hombre de la Coleta les cuenta a mis tetas que ha conocido a unas cuantas chicas en Tinder, pero que nunca ha llegado a nada.

—A qué crees que se debe —le pregunto, y tengo que reprimir el impulso de subirme la bata, la camiseta y el sujetador y pellizcarme los pezones mientras me paso la lengua por los labios.

Tore: Hazlo, hazlo.

En lugar de eso, me agarro al escritorio con las dos manos mientras el Hombre de la Coleta me cuenta en detalle lo exigentes que son las mujeres

de hoy en día, que deberían aprovechar la oportunidad. Bueno, menos las viejas, las feas o las que tienen sobrepeso. Porque, al parecer, muchas mujeres quieren estar con él, entre ellas una compañera de trabajo, pero el problema es que él no quiere estar con ella, porque el Hombre de la Coleta tiene sus preferencias, y mientras dice que las mujeres jóvenes, delgadas y guapas de hoy en día deberían darle más importancia a los genes y a la inteligencia a la hora de elegir a los hombres, en lugar de centrarse en cualidades superficiales como el aspecto físico, el encanto y la profesión, escucho su voz arrastrada, nasal y arrogante y me lo imagino en la ciudad sentando cátedra, encantado de haberse conocido, sin gracia, pestilente, y pienso que el encanto, el atractivo, la suerte, la mala suerte y el sufrimiento no están repartidos de forma equilibrada entre la población. Hay familias que vienen aquí hasta arriba de cáncer, soledad, problemas psiquiátricos, accidentes de coche, abuso de sustancias, suicidios y anomalías cromosómicas y también hay familias cuyas únicas dolencias son un brazo roto o una migraña leve. Tengo a familias enteras que me caen bien enseguida y también tengo pacientes como este hombre. Personas que no saben comportarse, que se rebelan contra la existencia.

Tore: No necesita ningún psicólogo. Lo que necesita es un curso básico de conducta civilizada. Y una ducha, ropa limpia e higiene dental. Y córtate esa coleta, por Dios.

Los que más necesitan, a menudo son los que menos reciben, le respondo a Tore. Como en estos momentos tengo que dosificar mis fuerzas y vigilar en qué decido invertir mi energía, me veo obligada a intentar empatizar con este tipo, aunque solo sea por soportar el resto de la consulta y, por eso, intento grabarme esa frase: «Los que más necesitan, a menudo son los que menos reciben». Pero no funciona. Las ganas de levantarme y gritar y volcar el escritorio y echarlo de aquí con un torrente de palabras malsonantes se mantienen con la misma fuerza que antes.

Así que uso otro truco: me imagino que tiene cáncer. Con metástasis en los huesos. ¡Pobre hombre! ¡Con lo joven que es! La idea me la dio una esquila llena de alabanzas, como todas. Entonces no solo me di cuenta de cuántas cualidades maravillosas parece que han tenido los muertos cuando vivían, sino también del alivio que transmiten las esquelas. En algunos de

los mensajes de alabanza se encuentran de manera explícita e implícita el alivio que supone que esa persona se haya ido para siempre y ya no vuelva a caminar entre nosotros. La muerte puede ser un baño purificador, las enfermedades terminales nos hacen levantar la vista y mirar mejor las cosas, así que por qué no utilizar este truco cuando la gente está sana, por qué usarlo solo justo antes y después de que alguien muera, por qué no en la vida saludable y cotidiana. Lo sagrado y lo resplandeciente que rodea a la muerte, ataúdes negros, brillantes, forrados de seda; en un entierro, todo está sublimado, en un entierro no hay cabida para asuntos menores como el olor a humedad o unos ojos que miran fijamente.

Después de un discurso de diez minutos sobre la existencia y un mundo que todo el rato y cada día impide que el Hombre de la Coleta alcance sus expectativas y sus exigencias mínimas, no me resisto más y lo derivo al psicólogo. Y cuando le extiende el sobre y él lo coge sin mirarme y sin darme las gracias, me doy cuenta de que los pacientes que detesto a menudo se salen con la suya, porque quiero que se vayan de la consulta.

Capítulo 4

Por qué estoy aquí. Cómo fue. Evalúo a un hombre mayor para que pueda renovar el permiso de conducir. Le hago un justificante a un alumno de secundaria. Redacto los resultados de análisis de sangre y actualizo historiales, abro la puerta y llamo al siguiente y al siguiente, pero no respondo ninguno de los mensajes que no paran de llegarme al móvil.

Por qué no lo he hecho antes. Mira que era sencillo. Dejar de contestar. Sin discusiones, sin intercambio de palabras. Llevo menos de un día callada y es como si me hubiera ido hace tiempo de la calle principal con todo su ruido y caminara sola por el bosque, a través de un sendero casi invisible.

En el silencio surgen las preguntas.

Cuándo empezó todo esto. Cómo he acabado aquí.

Por último, pero no por ello menos importante, cuándo pude haber tomado otra decisión.

Mujer, nacida en 1989, viene por una revisión ginecológica. Se comporta con normalidad. La mayoría es gente normal. La mayoría hace lo que puede. ¿Verdad, Tore? La mayoría lo hace lo mejor que puede. Es lo que hacemos todos.

Y hace más calor al sol que a la sombra, responde Tore, y después no dice nada más durante un rato.

Se podría decir que empezó un viernes por la noche, hace un año exacto, aunque hay muchos factores que podrían indicar que empezó mucho antes y que lo que ocurrió esa noche no es más que un puntito en una red de cables que se extienden en todas direcciones. En cualquier caso, comenzó de manera concreta cuando pulsé un botón del móvil tumbada en el sofá en mitad de lo que creía que era un día normal de una vida normal. Después de

todos estos años como médica de familia, debería saber que no existen los días normales; que no existen las vidas normales.

Vaya, pensé cuando se me apareció la cara de Bjørn en la pantalla, ¿sigue vivo? Llevaba casi treinta años sin hablar con él. Debajo de su foto había una especie de botón, y con el móvil en una mano y la copa de vino en la otra —una copa de vino del tamaño de una pecera que me había agenciado para no mentir más de lo necesario cuando les digo a los pacientes que «es sano beber una copa de vino al día, yo misma lo hago»—, pulsé ese botón, porque por entonces no sabía que cuando dice «Personas que quizá conozcas» y se pulsa el botón que aparece bajo la foto, se agrega a esa persona como amigo, se les manda una solicitud de amistad. Por entonces sabía tan poco de Facebook y de las redes sociales que creía que era Bjørn quien había tomado la iniciativa, quien quería hacerse amigo mío. Hasta que no recibí el mensaje de «Bjørn ha aceptado tu solicitud de amistad» no comprendí lo que había ocurrido, pero entonces ya era demasiado tarde.

Lo siguiente que sucedió fue que recibí una imagen de una mano que saludaba, acompañada de las palabras «Bjørn te está saludando». La mano se movía con mucha energía de un lado a otro y para que parase pulsé «Toca para devolver el saludo».

Así que fuiste tú quien se puso en contacto con él, dice Tore, fuiste tú quien tomó la iniciativa, tú quien lo agregó a él.

Tore hace como si no lo supiera ya. Su tono de voz finge sorpresa. Al principio intenté imaginarme que Tore era una figura paterna amable, una especie de cura anciano y sabio, pero una y otra vez me demostraba que no me quería bien.

Sin embargo, no era mi intención. Fue un malentendido.

Podías haber pasado de él, dice Tore. Podías haber hecho caso omiso de la mano que te saludaba.

¿Por qué? Si había sido yo quien lo había agregado como amigo, habría sido raro que no le devolviera el saludo.

Podías haber fingido que no entendías nada de las redes sociales, lo cual por entonces era cierto. Pero tenías curiosidad. En el fondo sentías curiosidad por Bjørn y por cómo le habían ido las cosas y, además, su

rápida respuesta, como si hubiera estado esperando, dispuesto a recibir noticias tuyas desde hace treinta años, te hizo sospechar, y pensaste: Tiene algún tipo de problema en la vida. Y entonces quisiste comprobar si tenías razón. Conclusión: Lo hiciste por vanidad, porque querías descubrir si tenías razón.

Pero no devolverle el saludo sería de mala educación. Somos dos personas adultas que estuvieron juntas durante un año hace treinta, eso es todo. Quienes fuimos entonces ya no están, entre otras cosas porque las células del cuerpo se renuevan por completo cada siete años. ¿Y cómo iba a saber yo lo que iba a ocurrir? Todo el mundo tiene un punto débil, un punto ciego, un ángulo muerto, una zona sin vigilancia. Una zona que no sabemos que existe hasta que alguien la encuentra y entonces ya es demasiado tarde.

Tore no responde.

Por supuesto que podría no haberle hecho caso a Bjørn desde el principio, haber hecho caso omiso de todos los mensajes, de todas las manos que saludan, pero es lo mismo que decir «no tendría que haber salido ese día» después de chocar contra un conductor borracho y quedarse parálítico. Si pensáramos así, no saldríamos de la cama. Nos pasaríamos la vida tumbados con las persianas bajadas, sin tener contacto con nadie y sin abrir la puerta cuando llamen al timbre.

Tore sigue sin responder. No tiene necesidad de hacerlo, porque ya hace tiempo que ha cumplido su objetivo, que no es otro que tenerme balbuceando y defendiéndome para mis adentros con el espejito en una mano, un bastoncillo de algodón en la otra y la cara a treinta centímetros de la vagina de una mujer sudorosa nacida en 1989, incómoda y con el pulso acelerado.

Pocos segundos después de que pulsara el botón de «Toca para devolver el saludo», recibí un mensaje de Bjørn:

hola

Así, sin punto ni nada. Me quedé mirando esa palabrita sin voluntad de nada ni un objetivo claro, y la sentí como una pesada garra que se apoyaba sobre mi hombro.

No creo que sea casual que la gente envíe ese tipo de mensajes sin sentido. Quieren que parezca que han mandado el mensaje con la mano izquierda porque tienen cosas más importantes que hacer. Y nos aferramos a eso: hacemos como que nos preocupamos por algo que nos da lo mismo y fingimos no preocuparnos por algo que sí nos importa.

Pero no, Bjørn, pensé, eso no vale, y contesté:

¡Pero bueno! ¡Hola, Bjørn! ¿Qué tal te va? ¿Sigues viviendo en Fredrikstad?

Frases completas, mayúsculas y minúsculas, comas, signos de interrogación y de exclamación. Tal como tiene que ser.

Le quité el sonido al móvil, lo dejé en la mesa del salón y me arrepentí enseguida. ¿Por qué le había escrito todo eso? Me pregunté a mí misma de dónde venía esa sensación infinita de estar en deuda —no solo con respecto al dinero, a los pacientes, a Aksel, a las niñas, sino también en lo social— que me había llevado a responder con demasiado entusiasmo y demasiadas palabras a un mensaje desgano y con poco interés. Tendría que haberme limitado a escribir un simple «hola» como respuesta. En lugar de eso, mis manos se habían paseado solas por el teclado.

Le di unos buenos tragos al vino. Qué más da lo que pase en Facebook, ese universo infantil. Me recordaba al colegio, a los cuadernos con dedicatorias y a las notitas en clase. Me había hecho una cuenta en Facebook porque las niñas me habían dicho que tenía que hacerlo, pero me pusieron nerviosa todas las fotos que iban apareciendo, fotos de gente de los viejos tiempos que en el fondo había dado por hecho que habían muerto, como se suele pensar de la gente del pasado; como no los has visto desde hace décadas, no te puedes imaginar que, igual que tú, hayan vivido su vida durante todos estos años, la mayoría incluso en la misma ciudad. Cuando los pacientes menos prudentes empezaron a contactarme para pedirme recetas y consejos en general por esa vía, dejé de conectarme y no tardé en olvidarme del tema. En ese momento, Facebook, Messenger, Instagram me eran bastante ajenos, como un mundo artificial y aislado que no me interesaba.

En el espacio entre dos pacientes, veo que Bjørn me ha enviado muchos mensajes nuevos. Leo solo el último. «Si no ves esto antes de las once y media, es mejor que no respondas». Ahora estará en Fredrikstad, en su trabajo de informático, sudando frente a la pantalla y preguntándose por qué no contesto. Hasta ahora le he contestado siempre. Tal vez piense que me he muerto.

Enseguida va a comer con Linda, como suele hacer los viernes. Debe de ser por eso por lo que quiere que le conteste antes de las once y media porque, en lo que respecta a las redes sociales y a los teléfonos inteligentes, Linda —aunque resulte paradójico porque Bjørn es informático— es mucho más entendida que él, y Bjørn no quiere que le lleguen mensajes míos mientras están sentados el uno frente al otro en la cafetería de su lugar de trabajo o del de ella.

Por la noche harán algo con los nietos, como todos los viernes, y ahora ya no me acuerdo de qué era lo que me resultaba tan interesante de la vida de Bjørn. Ahora siento que eso también se ha esfumado, esa sed de información, de preguntas y respuestas y gritos y alaridos, y antes de llamar a otra mujer, nacida en 1999, miro el móvil y leo los últimos mensajes de Bjørn de todas formas, para no perder del todo ese punto de apoyo.

«Estoy preocupado —ha escrito Bjørn—. ¿No me puedes dar señales de vida para que sepa que va todo bien?».

Pero nada va bien. Y es así desde hace mucho tiempo. Y el hecho de que se exprese de ese modo... ¿Quién es esta persona por la que lo he echado todo a perder y que se expresa de una forma tan perversa? Como en una de las series de televisión estadounidenses que veía hace tiempo, en la que no paraban de preguntarse: *Are you OK?* Una mujer estaba en las ruinas de su casa quemada, rodeada de su familia muerta y alguien le preguntaba: *Are you OK?*

No hay respuesta para ese tipo de preguntas. Así que no respondí.

Capítulo 5

Ese viernes de hace un año, Aksel y yo estábamos solos en nuestra casa de Grenda. Sin niñas y sin perros. Ida se había marchado hacía dos años a estudiar medicina en Tromsø y Silje se había ido dos años antes a estudiar medicina en Bergen.

Cuando Ida se fue de casa, mi madre se había convertido en un peligro tal para sí misma y para los demás que le habían dado plaza en una residencia, por lo que no hacía falta que pasara por Oscars gate cada día después del trabajo para ver si había salido al descansillo en camisón o si se le había olvidado apagar la cocina. Lo único que tenía que hacer era visitarla cada sábado en la residencia y lo hacía sobre todo como penitencia, porque ella casi nunca me reconocía y nunca recordaba que había estado allí.

En otras palabras, ya nada impedía que Aksel y yo pudiéramos entregarnos a nuestros pasatiempos, que en mi caso consistían en beber vino y ver la tele y en el de Aksel en corretear por el bosque, con o sin esquíes, en cualquier época del año.

Si por casualidad estábamos en casa al mismo tiempo, hablábamos largo y tendido de los pacientes, los compañeros, las niñas. Nos reíamos mucho y a veces me acurrucaba junto a él en el sofá y a veces él me abrazaba en la cama. Pero los dos nos habíamos vuelto prácticamente impotentes. Con el tiempo, mantener relaciones sexuales se había convertido en una ardua tarea, y aunque no nos costaría nada conseguir estrógenos, Viagra u otras sustancias que nos facilitaran la faena, era más fácil subir las escaleras a cuatro patas y meterse en la cama sin más. En eso estábamos de acuerdo sin que hubiéramos hablado de ello. Si fuéramos mayores, podríamos haber puesto los años como excusa. Pero teníamos poco más de cincuenta. A

Aksel me lo podría levantar una compañera del Rikshospitalet en cualquier momento. A menudo oigo historias similares, tanto de ese como de otros hospitales y centros de salud de Oslo y alrededores, y también de otras ciudades, porque los cotilleos de hospital corren como la pólvora por todo el país y por eso sabía que tenía que hacer algo, que tenía que hacer lo que siempre les decía a mis pacientes que hicieran: hacer ejercicios de fuerza, llevar una dieta equilibrada, tomar estrógenos, todo eso. Además, tenía que relajarme con la bebida, pues parecía que había empezado a perder el control.

Cada mañana podía tomar mil decisiones de todo tipo, sobre todo que tenía que dejar de beber o, en cualquier caso, reducir de manera considerable mi consumo de alcohol. Pero por la tarde tenía la cabeza llena de las preguntas de mis pacientes y de mis propias respuestas, y también de los argumentos a favor y en contra de lo que había dicho. Hablaban a gritos por su cuenta, y el vino y las series fueron lo único que pudo ponerle freno al ruido. Había dejado de estar al día de las noticias y de leer libros. Además, en un momento dado había dejado de tener vida social, a excepción de un par de noches sueltas con Gro, o bien en su casa, o bien en la cocina de la mía en Grenda.

Después de una jornada laboral de ocho horas, la caja más cara de vino de Chablis que venden en Vinmonopolet era lo único que conseguía relajarme de verdad. Además, tirarme en el sofá con la boca entreabierta mientras en la pantalla iba pasando un capítulo tras otro era lo único de lo que tenía ganas en realidad.

En muchas de las series había algo que me resultaba familiar, y solía tener una sensación vaga, pero al mismo tiempo precisa, de lo que iba a ocurrir. Sabía lo que iban a decir los personajes antes de que lo dijeran. Pensaba que si era capaz de entender así de bien las series y de adivinar todos los trucos de los guionistas, debía de ser muy inteligente, hasta que me di cuenta de que el motivo era otro mucho más sencillo: ya las había visto antes, pero con tanto alcohol en sangre que había tenido que cerrar un ojo para no ver doble.

De vez en cuando le decía a Aksel:

—Voy a dejar de beber.

—Eso ya lo has dicho más veces —me respondía.

—Pero esta vez lo digo en serio.

—Eso también lo has dicho más veces.

—No te rías.

—No me estoy riendo.

—Sé que tienes ganas de reírte.

—Pero es que ya lo has dicho muchas veces. Y además no bebes tanto.

Lo máximo que aguanté fueron tres días. La cuarta noche me encontraba tirada en el sofá, con la «pecera» medio vacía en la mesa. Debía de haberla llenado y haberme bebido la mitad medio dormida, así que por qué no acabarme lo que quedaba, y entonces ya había vuelto a empezar.

Es la misma maquinaria que se encuentra tras cualquier adicción, lo sabía bien; todos, también el personal sanitario —sí, tal vez el personal sanitario especialmente—, tenemos las mismas excusas, la misma necesidad de descanso, recompensa, emoción, la misma pereza y la misma fiebre de placer. Me repetí esas palabras: «pereza y fiebre de placer», «miedo al dolor», pero no sirvió de nada. Cuando se había marchado el último paciente del día y ya había hecho el papeleo de rigor, las piernas me llevaban solas a Vinmonopolet, y, una vez allí, me volvía a fascinar que se pueda comprar una droga tóxica y terriblemente adictiva en una tienda estatal de forma completamente legal, sin que exista el riesgo de que te detenga la policía. Por si esto fuera poco, además te atienden personas educadas, amables, cultas y con formación, que, junto con las bonitas botellas ordenadas en las estanterías, componen esta parte del mundo del alcohol que siempre es tan agradable visitar y que ha recibido la bendición y el visto bueno de instituciones estatales como el Parlamento, la familia real y la corporación de radiodifusión pública NRK.

Siempre elegía el vino más caro, con el nombre del productor impreso en bronce y, bajo el nombre, una elegante y discreta acuarela de un castillo. Era tan bonito y apetecible..., y cuando lo llevaba a la caja pensaba en cómo se nos ayuda y se nos anima a que caigamos en adicciones, ya sean a la comida, al alcohol, a internet, al juego o al dinero. Siempre hay hordas de profesionales en el camino, empleados a tiempo completo cuya profesión y oficio consiste en animarte a avanzar, empujarte más adentro, y el día que

quieres dejarlo, te alientan a seguir, a continuar, a beber para estar a gusto, beber con la comida, pasar un buen rato con el juego, con las compras, «solo se vive una vez, es importante desconectar, venga, que no es para tanto».

Ya en casa, en Grenda, me servía la primera copa antes de quitarme el abrigo. La segunda me la tomaba con la cena, frente al televisor, una cena que cuatro de cada cinco días consistía en pan tostado con queso y pepino, y, cuando había acabado de cenar, me servía la primera copa oficial del día, ya que daba la casualidad de que era entonces cuando Aksel llegaba a la cocina y comía gachas de avena y me preguntaba: «¿Eso no es una copa de vino tinto?», podía decir, y señalaba la pecera con un gesto de la cabeza mientras yo la agarraba con ambas manos para que no me temblara el pulso al llevármela a la boca.

El resto de la velada, mientras Aksel corría de acá para allá con la ropa de deporte o ponía a punto los esquís o los patines de *rollerski* en su taller o se iba a comprar equipos nuevos cuando había rebajas en las tiendas de deporte o buscaba en internet unos bastones especiales con una nueva y rompedora tecnología o hacía cualquier otra cosa relacionada con esquiar o correr, yo me tiraba en el sofá y dirigía la mirada hacia la tele con la boca abierta, hacia todos esos puntitos brillantes que parpadeaban y lucían y se movían.

Y ya que Aksel estaba abducido por esa obsesión por el deporte que incluso él como ortopeda sabía que era exagerada, me dejaba que bebiera en paz. Podría haberse parado frente a la nevera, haber sacado el vino y haberme preguntado: «¿Cuándo lo has comprado? ¿No fue ayer?». Y entonces podría haberlo cogido y haber hecho como que la mano le flotaba en el aire, pero lo habría hecho más que nada en broma. Aksel sabía bien que si se quejaba de lo mío con la bebida yo podría quejarme de su obsesión con el esquí, que era mucho peor, tanto para la vida familiar como para nuestra economía. Al menos yo estaba en casa, aunque fuera borracha, y mis cajas de vino costaban diez veces menos que sus equipos y sus viajes.

En el sótano, Aksel había montado un taller de encerado y reparación, y cuando no estaba durmiendo o en el trabajo allí es donde pasaba el tiempo. Allí podía dedicarse a sus esquís y a escuchar Metallica, y si yo lo

necesitaba para algo tenía que bajar las escaleras, ponerme delante de él e indicarle con gestos que se quitara los cascos. Casi nunca lo hacía, y así estábamos, cada uno en una punta de la casa, en una especie de equilibrio del terror: yo no digo nada de tu tara si tú no dices nada de la mía.

En los meses de invierno, se iba a una competición de esquí al menos un fin de semana al mes. La temporada empezaba a principios de diciembre, con una competición en los Alpes cuyo nombre nunca recuerdo. Después estaba la Marcialonga, a finales de enero, y en marzo tenía que escoger entre Vasaloppet y Birkebeineren, porque teníamos una especie de acuerdo que consistía en que solo participaría en una carrera al mes. Aksel solía decir que, como en febrero no competía, tendría que poder competir tanto en Vasaloppet como en Birkebeineren en marzo, y entonces yo le respondía lo mismo que les decía a mis pacientes cuando quieren que les haga pruebas caras porque llevan un tiempo sin venir a la consulta: «El sistema no se basa en cuotas».

A finales de abril, se iba a Svalbard y participaba en una maratón de esquí de fondo, y a principios de mayo se iba a Islandia, a menos que a lo largo de la temporada hubiera sufrido dolores de espalda, lesiones de ligamentos, tendinitis de Aquiles o cualquier otra cosa derivada de todo lo que se exigía a sí mismo y que sus colegas estaban dispuestos a tratar, si no se lo trataba él mismo.

Estaba harta de intentar detenerlo. Era un hombre adulto y en los últimos años yo pensaba lo siguiente: ¿por qué no le dejo que asista a dos carreras en el mismo mes? ¿Por qué no le dejo que vaya a Vasaloppet y a Birkebeineren y a los Alpes y a Rusia? ¿Por qué no lo dejo en paz si eso es lo que quiere?

Aksel y sus carreras me recuerdan a una perrita que tuvimos, una hembra de setter inglés con un interés que lo eclipsaba todo: comerse todo lo que encontraba. Se pasaba el día olisqueando en busca de comida. Muchas veces me planteé comprar cincuenta kilos de carne picada y dejarlos ahí. Dejar que comiera hasta reventar. ¿Por qué no, si era lo que más deseaba?

Estaba harta de atar en corto a Aksel, como en su día lo estuve de atar en corto a la perra. Cuando íbamos por un lado de la calle, ella quería ira

por el otro y viceversa. Hacer lo que ella quería no servía para nada, porque entonces quería volver donde estábamos antes. De aquí para allá y de allá para acá. Resoplando y jadeando, con los músculos tensos y la lengua larga y rosa colgando, tiraba de la correa, e igual que me planteaba dejar que comiera hasta reventar, me planteaba soltarla, dejar que saliera corriendo a la carretera, delante de un coche, pum.

De vez en cuando, Aksel se sentaba a mi lado y entonces el sofá empezaba a temblar por su nerviosismo y le decía lo siguiente:

—Vete a correr un poco, venga.

Aksel hacía como si nada, pero entonces el sofá dejaba de temblar. Esperaba un poco antes de contestar, pero al final carraspeaba y decía:

—Hummm, no lo había pensado, pero tal vez lo haga.

Y enseguida salía por la puerta.

Yo le dejaba a lo suyo y él me dejaba a lo mío. «Todos tenemos nuestras cosas», como diría mi madre. «Nadie es perfecto» era otra de sus muchas coletillas. «Somos humanos», me dije, y brindé con la tele. Después de un largo día con los pacientes me dolía la mandíbula, me dolía el cerebro, me dolía el alma y sentí una urticaria interna, como si contuviera una masa de seres vivos, cada uno de ellos con una voluntad y una personalidad propias. Y al mismo tiempo que estaba llena hasta el borde de voces y zumbidos, sentía la corriente de aire que existía entre cada uno de los electrones de mi cuerpo.

Me gustaba ver la tele sin tener que decidirme por ninguna película o serie en particular. Me gustaba pasearme entre el sofá y la nevera y rellenar la pecera una y otra vez, sin miedo a que nadie me viera o comentara algo. Mis propios comentarios eran más que suficientes. «Demencia inducida por el alcohol», pensaba. «Cirrosis». Pero no funcionaba. Me imaginé uno tras otro a los pacientes que sabía que bebían demasiado, piel flácida, tensión alta, diabetes, colesterol, valores hepáticos alterados, pero eso tampoco sirvió de nada. Me miré de arriba abajo, estaba algo prieta por la cintura, pero aún tenía las piernas delgadas. Me miré en el espejo del pasillo de camino a la cocina: aún era guapa, al menos para mi edad. Rellené la pecera y la llevé haciendo equilibrios de vuelta al sofá y a la tele. «Solo necesito

un poco de anestesia. Me he pasado el día escuchando a gente y pensando. Ahora me toca relajarme».

Y allí estaba, ese fatídico viernes de hace un año, adormecida bajo mi manta eléctrica, con un cojín bajo las rodillas, borracha como de costumbre—incluso más, porque era viernes—, y me había olvidado por completo de Bjørn. En lugar de pensar en él, veía una serie que me habían recomendado las niñas, que trataba de una mujer que atraviesa una roca en 1945 y aparece doscientos años antes. En 1743, conoce a un noble escocés y después hay sexo y violencia y amor y torturas y guerra y más viajes en el tiempo y al principio me había reído del concepto, pero no tardé más de medio episodio en engancharme.

El móvil estuvo en la mesa del salón varias horas antes de que lo volviera a mirar. Por entonces el teléfono solo era una parte más o menos molesta de la vida cotidiana, pero pronto me convertiría en una de esas personas que pasean por la calle y por las tiendas con ese estúpido aparato delante. Por no hablar de los pacientes que se sientan en la silla con los hombros caídos, como buitres, encorvados sobre sus respectivos dispositivos de entretenimiento. A menudo están tan idos que no reaccionan cuando los llamo. Pero pronto yo estaría igual de ida que ellos, y el teléfono que me había regalado Aksel por Navidad, ese teléfono que yo no entendía bien, y por eso aún utilizaba solo una pequeña parte de sus prestaciones, y con el que las niñas tenían que ayudarme cada vez que venían a casa, se convertiría en una parte fundamental de mí y dependería tanto de ella como de una pierna o un brazo. Pero por el momento no lo sabía. Estaba tan pura e inmaculada en el sofá, en mi vida anterior. Pensaba que era una vieja alcohólica. No sabía que vivía en tiempos de inocencia, igual que los antiguos no sabían que vivían en la antigüedad.

Cuando subí la escalera para acostarme, vi que Bjørn me había enviado un mensaje nuevo, esta vez con mayúsculas y signos de puntuación.

¡Qué bien saber de ti, Elin! Sigo viviendo en Fredrikstad, pero voy a Oslo a menudo y me encantaría que tomáramos un café un día, si tienes tiempo y te apetece. Rememorar un poco los viejos tiempos...

El mensaje era de hacía varias horas. Un café, claro, ¿te imaginas?, pensé, y me fui al baño. Rememorar un poco los viejos tiempos. No tenía ninguna intención de tomar un café con Bjørn. A qué llevaría eso. Y por qué justo ahora. Por qué tanto alboroto solo porque pulsé un botón del puñetero móvil. Por entonces me disgustaba el teléfono y ahora lo odio. Tiene la culpa de todo lo que ha ocurrido. Finge ser modernidad y progreso, pero es obra del diablo. Satán se ha instalado en estos cacharros y nos tienta con puntos verdes y rojos que nos anuncian que alguien nos desea, que nuestra existencia importa, mientras que en realidad nos conduce al pecado y la depravación. Nos han colonizado, pero no lo sabemos. Nos ha colonizado Satán.

Echa el freno, dice Tore. Quien te colonizó no fue Satán. Tampoco el móvil. Los que te fallaron fueron tu propio deseo, tu propia avaricia, tus propios impulsos y pasiones y nada más. Eres una persona excesiva. Hace unos años, cuando las niñas empezaron a valerse por sí mismas, te obsesionaste con las reformas. Construisteis el sótano, construisteis el ático, pagasteis los préstamos a toda velocidad y cuando ya no quedaba nada que hacer, te pusiste a beber y a ver la tele. Y no te bastaba con una copa de vino blanco mientras veías un capítulo de una serie, a lo sumo dos, no; hablamos de una botella entera de vino, y temporadas completas que consumías con la misma seriedad y la misma disciplina de trabajo con la que criaste a tus hijas y pusiste en marcha la consulta y construiste la casa.

Mientras hablo conmigo misma y con Tore y me voy calentando por momentos, pronuncio frases que he pronunciado tantas veces que ya me las sé de memoria.

Como que un hombre, nacido en 1987, con dolor de espalda, no necesita una TRM. Es lo primero que me dijo cuando entró por la puerta hace cinco minutos, que quería una TRM, porque últimamente todo el mundo quiere una TRM, o, lo que es lo mismo, una tomografía por resonancia magnética, una avanzada técnica de imagen radiológica de las estructuras y los órganos internos del cuerpo. Hubo un tiempo en el que todos mis pacientes creían que tenían diabetes y venían y querían que les midiera el azúcar en sangre a largo plazo. Como si este centro médico fuera una especie de club social para gente cuya afición principal consiste en «escuchar las señales del

cuerpo», una cosa que se ha puesto muy de moda últimamente, pero que, y esto lo saben todos los que trabajan en el sector sanitario, no es más que un atajo hacia la locura y el sufrimiento y, en última instancia, el derrumbe del estado del bienestar.

No, hombre nacido en 1987, no necesitas una TRM. Lo que necesitas, ante todo, es evitar pasarte ocho horas sentado en el trabajo para después tumbarte en el sofá de casa y pasarte el resto de las horas de vigilia jugando a videojuegos. En lugar de eso, hombre nacido en 1987, deberías dar largos paseos por un terreno irregular.

—Pero creo que tengo una hernia —dice el hombre nacido en 1987—. Y además los videojuegos me ayudan a relajarme y he leído en el periódico que no son tan malos como se dice, de hecho ponía que...

Y así sucesivamente.

Y mientras solicito una radiografía de la rodilla para el hombre nacido en 1987 —lo último que me pidió fue una RM de la rodilla «por lo menos», en sus propias palabras, como si fuera un niño y me estuviera pidiendo chucherías, y le toco la rodilla y le digo que vale, pero primero te hacemos una radiografía aquí en el centro—, mientras todo esto sucede, sigo discutiendo con Tore, que está en su rincón.

Vale, le digo a Tore. Pero al menos he dejado de beber.

Y solo pudiste hacerlo porque te buscaste una nueva obsesión. Cambiaste las cajas de vino por Bjørn, así de sencillo.

Las personas solo consiguen reprimir sus pasiones si sus pasiones no son tan fuertes, respondo. Si las pasiones tienen la fuerza suficiente, entonces no hay elección posible.

Me parece que eso es huir de las responsabilidades, ni más ni menos, dice Tore en voz alta y con tono acusador, y me quedo atónita porque tanto el tono como la elección de las palabras son impropios de él. Pero entonces me doy cuenta de que no lo ha dicho Tore. Esa frase es un viejo recuerdo de los primeros años que pasamos en Grenda, una vez que dije que no sabía si votar a favor o en contra de la UE y alguien me dijo: «Me parece que eso es huir de las responsabilidades, ni más ni menos».

«Huir de las responsabilidades», «tibio», «normativo», «convencional», «etnocéntrico», «relativismo cultural». Tore nunca habría utilizado ninguno

de estos conceptos, pero en Grenda los usábamos como arma arrojadiza todo el rato. Yo también lo hacía, porque en Grenda, al menos antes, era importante tener una postura firme ante todos los temas, por nimios que fueran. Pañales de tela o desechables, sí o no a la UE, Oriente Medio, la preservación del medio ambiente; año tras año cacareábamos y piábamos como un gallinero gigante que se dedica a dejar pasar el tiempo.

Ahora casi todo el mundo sabe dónde está Grenda y, además, quiénes viven allí, pero a principios de los noventa, Grenda aún era una parcela anónima al noroeste de Oslo, con un total de cuarenta casas adosadas construidas después de la guerra en un estilo que se conoce como funcionalismo pobre. Los bajos precios de las viviendas en aquella época y el hecho de que los propietarios originales se fueran muriendo hicieron que Grenda se llenara en pocos años de una nueva generación de familias con hijos pequeños, entre las que se encontraba la nuestra.

Al otro lado del camino había una fila de mansiones enormes de principios del siglo pasado. Parecían de otra galaxia, con sus caminos de entrada con suelo radiante y sus *au pairs* y sus coches y sus garajes. Nosotros éramos pobres y ellos eran ricos. A nadie de quienes vivíamos en Grenda se nos ocurriría llevar a nuestros hijos al colegio en un cochazo, como sí hacían las madres a tiempo completo de las mansiones, para después aparcar justo a la entrada del colegio, sin vergüenza ninguna, a pesar de que estaba prohibido. En Grenda llevábamos a los niños en un remolque de bicicleta y en los meses de verano hacíamos fiestas improvisadas en el jardín. Mientras nuestros hijos corrían de un jardín a otro, donde los dientes de león y el musgo crecían salvajes, nosotros bebíamos vino y cerveza alrededor de las pestilentes barbacoas que habíamos fabricado nosotros mismos con bidones viejos y oxidados que habíamos conseguido en una obra. Pero a pesar de los jardines desastrosos, a pesar de que comprábamos la ropa en tiendas de segunda mano y encontrábamos los muebles en mercadillos o en la basura, a pesar de la actitud relajada hacia la limpieza y el orden en general y a pesar de que los insultos más utilizados en Grenda eran «decente» y «pequeñoburgués», el nuestro también era un entorno decente y pequeñoburgués. En Grenda había una lista al menos tan larga sobre lo que resultaba aceptable y lo que no

como la que existía en las mansiones del otro lado de la calle, y, aun así, se decía que en Grenda no había reglas ni convenciones. Todos éramos iguales, había igualdad de género, pero en Grenda, como en cualquier otro sitio donde se junten más de dos personas, siempre había alguien a quien se escuchaba más que al resto, alguien que obtenía la palabra sin tener que luchar por ella y alguien a quien no se le hacía ningún caso. Había la misma jerarquía que en cualquier otro sitio, pero aquí se escondía mejor y se vestía con ropa más andrajosa.

Siempre me ha gustado tenerlo todo limpio y ordenado. Sabía dónde estaba todo, incluso en el sótano, y cuando las niñas eran pequeñas tenía la costumbre de ordenarles el cuarto cuando se quedaban dormidas. Ordenaba los zapatitos de plástico de las barbies por colores, les doblaba la ropa, tiraba los juguetes rotos y clasificaba los cuentos por tamaño. Pero cuando los vecinos venían de visita, esparcía algo de ropa por el salón, porque en Grenda se llevaba ser tolerante, indulgente, espontáneo y flexible. En Grenda era importante tener una actitud relajada hacia todas las cosas, a excepción de la regla de tener una actitud relajada, que había que cumplir a rajatabla siempre. En la práctica, esto quería decir que si un adolescente se sentaba en la veranda de una casa cercana y ponía tecno a todo volumen a las cuatro de la mañana, los demás debíamos tomárnoslo con resignación. Lo mismo ocurría si un grupo de romaníes montaban el campamento junto al bosque, al final del camino, como sucedió un verano, y el viento traía el papel higiénico usado a los jardines de Grenda. Había días que llenaba una bolsa de basura de papel higiénico solo en nuestro jardín.

—Para muchas personas es difícil que se les cuestionen sus propios límites —dijo un vecino en una de las fiestas improvisadas de verano en un jardín de la comunidad. Era un columnista conocido, y poco después escribió acerca de ese episodio en un artículo sobre la xenofobia—. Pero tenemos que recordar que se trata de otra cultura, con una idea de la higiene distinta a la nuestra. Para ellos, la suya es una forma de vida razonable y adecuada. Está claro que esta situación puede ser difícil y delicada para algunas personas, pero conviene pasarla por alto. Y nadie se ha muerto nunca por un poco de papel higiénico.

—Al menos usan papel higiénico —dijo Aksel—. Eso es positivo.

Después del hombre nacido en 1987 viene una mujer nacida en 1998. Me dice que le duele la cabeza, que tiene ansiedad e inquietud general, y mientras le tomo la tensión, que es excelente, y me levanto para tocarle el cuello y los hombros, ya que el noventa y cinco por ciento de los dolores de cabeza se deben a la tensión en el cuello, se me ocurre preguntarle qué va a hacer este verano.

De vez en cuando me doy cuenta de que tengo que conversar más, sobre todo después de haber leído lo que dicen de mí en internet, en las listas de médicos de cabecera. Las reseñas negativas, aunque son pocas, se me han quedado clavadas en la memoria: «No me he sentido atendido». «No he sentido que me prestara atención». «Salí de la consulta con mal sabor de boca». «La médica parecía estresada». «La médica era maleducada». «Le temblaba el pulso cuando me tomó la tensión». «La médica no escuchaba». «La médica tenía prisa». «La médica no apartó la vista del ordenador». «Cuando se han vivido situaciones traumáticas, uno se espera que lo escuchen sin superioridad moral ni condescendencia».

—Voy a ir a Francia con mis padres —dice la mujer nacida en 1998. Le tiemblan los labios y entonces se echa a llorar.

Espero un poco a que deje de sollozar.

—¿Ha pasado algo malo? ¿Ha ocurrido alguna cosa en Francia?

Tal vez sea víctima de incesto, o suicida, nunca se sabe, y después siempre es demasiado tarde y nadie quiere ser el médico de cabecera que echó a una víctima de incesto o a una suicida de la consulta porque iba mal de tiempo.

—¡Siempre vamos al apartamento de Niza! ¿Qué tipo de persona quiere hacer lo mismo todos los años? ¿Por qué no podemos ir a Tailandia o a Bali? Tienen dinero, así que ¿por qué tenemos que ir a la misma puta ciudad de mierda llena de putos jubilados de mierda todo el putísimo rato?

Tendría que tener la consulta en la zona este de la ciudad. Allí no me pasarían estas cosas.

Tore: en el este te pasarían otras distintas.

Las lágrimas le brillan en las pestañas, tiene los labios hinchados de una manera que resulta favorecedora, porque cuando los jóvenes lloran se ponen aún más guapos. Las raras veces que yo lloro, parece que alguien haya

usado mi cara para limpiar un suelo de hormigón. La miro y pienso: qué suerte que sean tan guapos. Si no, los llevaríamos al veterinario a que los sacrificaran.

—¡Si estuvimos allí la semana de Pascua! Y en Pascua yo habría preferido ir a Hemsedal a esquiar, que para eso están las vacaciones de Pascua, pero no, qué va, otra vez a Francia. No puedo con la idea de volver a sentarme en un vuelo a Niza con todos esos vejestorios otra vez. ¡No lo soporto!

Empieza a sollozar de nuevo y yo la miro y sé que el dolor que siente ahora mismo es real, en el sentido de que no se lo está imaginando ni lo está fingiendo. El llanto es real, las lágrimas le corren por las mejillas redondas y sonrosadas, y si midiéramos sus reacciones con la precisión que permite la tecnología, veríamos que lo que siente, que el dolor subjetivo que experimenta esta joven mujer es, casi con seguridad, más fuerte que, digamos, las reacciones mensurables de un paciente de cáncer a quien le acaban de comunicar que le quedan cinco meses de vida.

—¿Lo has hablado con tus padres?

—Sí, pero dicen que no tengo por qué ir, que puedo...

Entonces se vuelve a echar a llorar. No digo nada, la miro con lo que espero que sea una expresión neutra.

—Di-icen que pu-u-edo que-e-darme en casa. Que se-e va-an sin mí, di-icen.

Se le entrecorta la voz al hablar, como a los niños pequeños cuando les da un berrinche.

—Tengo ansiedad. Ca-asi no duermo. Desde que acabé el instituto, al menos dos noches me he despertado y no he podido volver a do-ormir.

Más sollozos.

Entonces se calma y le aconsejo que no se lleve el móvil al dormitorio, que duerma a oscuras y con la ventana abierta, que no beba café después de las tres de la tarde, que salga a pasear en las horas de luz, que haga ejercicio, lo de siempre. Además, le recomiendo que vaya a una óptica a que le miren la vista.

Cuando se marcha, me quedo un rato mirando por la ventana.

Pero lo suyo no es representativo de nada, dice Tore desde su rincón. Piensa en tus propias hijas, nunca se comportarían así. Y piensa que tú aún tienes esta consulta y el uniforme y todo lo que lo rodea y aquí estás muy bien. Aquí estás cómoda. Te gusta estar aquí. Lo difícil era todo lo demás.

Si fuera nueva en esto, pensaría que Tore me intenta consolar. Pero lo que quiere Tore es tenerme dispuesta y preparada para luchar. Se pone nervioso al ver que estoy a punto de rendirme. Igual que a un gato no le resulta divertido jugar con algo que no se mueve ni se resiste, a Tore no le divierte estar en su esquina hablando consigo mismo.

En Grenda, por ejemplo, a menudo lo pasabas mal, dice Tore. Que no se te olvide.

Es posible, pero aunque he pasado de no entender cómo he podido acabar aquí a no entender cómo pude aguantar tanto tiempo allí, nunca he querido estar en un sitio que no fuera Grenda. Al contrario, cada vez que cruzaba la puerta de nuestra casa adosada pensaba: qué suerte tengo de vivir aquí. En Grenda todo el mundo estaba sano y en forma, no había delincuencia ni problemas con el alcohol o las drogas y nadie pegaba a sus hijos. Todo el mundo tenía trabajo, todos tenían altos cargos o los tendrían pronto, cada uno en su campo. Cuando nos mudamos, la mayoría acababa de empezar su vida laboral, pero después de una década escasa había periodistas, escritores, editores, políticos y profesores hasta debajo de las piedras, personas que dejaban su huella en el Parlamento y en editoriales, en columnas de opinión y en las cadenas de radio y televisión, y cuando una de las casitas adosadas se ponía a la venta, algo que rara vez sucedía, el precio por metro cuadrado era tan alto, al menos en la década de los dos mil, que se hablaba de ello en los periódicos y a veces superaba el precio de las mansiones del otro lado de la calle.

Aun así, pervivía la idea de que Grenda era un enclave pobre en una zona rica y con pretensiones, que Grenda era un lugar libre y poco convencional. Si por error alguien recibía un periódico conservador cristiano en el buzón, podía llevárselo tranquilamente a una de las barbacoas improvisadas en alguno de los jardines de la comunidad, sentarse a la mesa, leer al azar cualquier página y tener la absoluta seguridad de obtener una carcajada entusiasta de todos los presentes.

Si, por el contrario, alguno de los reunidos alrededor de la mesa se mostraba escéptico hacia los homosexuales o los inmigrantes o los travestis u otras minorías, como grupo o como individuos, por muy leves que fueran la forma y el contenido, sería como borrarse de la comunidad hasta el fin de los tiempos. El único grupo con el que uno podía meterse sin problemas en Grenda eran las personas heterosexuales de etnia noruega que vivían en ciudades grandes. Nosotros mismos, en otras palabras. Y, sin embargo, en Grenda no vivían inmigrantes ni homosexuales.

En una de las fiestas de jardín, hace ya muchos años, porque con el tiempo la vida social de Grenda ha decaído, el famoso comentarista declaró que le gustaba estar en la Estación Central de Oslo.

—Me encanta pasearme por allí y sentir la energía —dijo, y la gente lo escuchaba con atención, porque ese hombre era una especie de cacique en Grenda, aunque a nadie, y menos a él, se le habría ocurrido decirlo en voz alta.

Cuando se debatía algo en los medios y no sabíamos qué opinión deberían tener los habitantes de Grenda del tema en cuestión, no teníamos más que esperar a que él se pronunciase para tomar partido. A menudo resultaba evidente, pero de vez en cuando podía adoptar una actitud inesperada, y, por tanto, todos le teníamos miedo. También porque lo que se decía en las fiestas de Grenda lo utilizaba en sus columnas como prueba de los prejuicios, el racismo escondido o los descuidos en general, porque ni siquiera en Grenda se podía estar a salvo del todo, sobre todo si había alcohol de por medio.

—¿Sabéis por qué? —preguntó con un brillo en los ojos. Al ver que nadie respondía, se inclinó sobre la mesa y exclamó—: ¡Diversidad! ¡Hay una diversidad fantástica! Nunca me canso de ella.

Y todos los allí presentes asentían entusiasmados, porque en Grenda «diversidad» era una palabra preciada, igual que «blanco inmaculado» era una expresión de la que avergonzarse y gran parte de las preocupaciones en Grenda a través de los años se resumían en que todo allí era demasiado blanco inmaculado. El problema es que las únicas personas de etnia no noruega que habían podido permitirse comprar una casa allí eran una pareja india que trabajaba en el sector informático y que solo vivió en Grenda

durante medio año y después se mudó a Holmenkollen, al parecer confundida porque una zona tan cara como Grenda no tuviera jardines y personas con mejor aspecto. El adosado de la pareja india estaba pegado al nuestro, y cuando ellos se fueron, lo compró una pareja homosexual de mediana edad que, al igual que los indios, fue recibida con calidez y entusiasmo y se les invitó a todas las fiestas y a todas las cenas. Una de las primeras cosas que hizo la pareja homosexual fue plantar un seto entre su jardín y el nuestro. Si cualquier otra persona hubiera hecho algo así, habría sido un escándalo, porque una de las normas no escritas era que todo el mundo pudiera moverse libremente, sin esas separaciones mezquinas e innecesarias. Uno de los dos pasaba mucho tiempo en el jardín y una vez nos preguntó si podíamos cortar el césped más a menudo y quitar las malas hierbas, porque, según dijo, los hierbajos pasaban a su parcela y había algo contagioso en el musgo que campaba a sus anchas por la nuestra. Otra vez nos aconsejó que tapáramos los muebles del jardín con una lona en invierno. La decoración de su casa era anticuada y los muebles, grandes y pesados, no estaban proporcionados con el pequeño tamaño de las habitaciones ni con los techos bajos. Lo sé porque invitaron a toda Grenda a tomar vino caliente y pastas la primera —y última— Navidad que pasaron allí. Los habitantes de Grenda, con sus hijos pelilargos y gritones, irrumpieron en la primorosa vivienda, que parecía la de dos señoras mayores. La mesa estaba puesta con un mantel de encaje, servilletas bordadas, espátula de plata y un servicio completo de café y platos de postre sin muescas. Cuando uno de los invitados trató de abrir una cerveza que se había llevado con un cuchillo de plata, el hombre que solía estar en el jardín llegó corriendo con un abrebotellas. Ambos iban vestidos de traje, con camisa blanca y corbata con motivos navideños. El marido del que solía estar en el jardín llevaba un delantal encima de los pantalones, había hecho las siete pastas típicas de Navidad y estaba explicando el proceso. Todo el mundo escuchaba atento las explicaciones del Hombre del Delantal y mientras hablaba de los ingredientes, los demás esperábamos otra cosa. Nos habíamos imaginado algo más colorido, al fin y al cabo eran homosexuales, pero lo más emocionante que ocurrió fue que el Hombre del Delantal puso una cinta de vídeo que había conseguido en NRK, con una grabación en

blanco y negro de un programa de adviento de los sesenta, en el que una mujer mayor con el traje típico y el pelo ahuecado encendía una vela de adviento y hablaba de Jesús y María y del rey Herodes y de por qué celebramos la Navidad.

—¡Ay, Astrid Sommer! —exclamó el Hombre del Delantal—. No hay nada que asocie más con el espíritu navideño. Adoro este programa —dijo, y se enjugó los ojos con la punta del delantal y se inclinó hacia el Hombre del Jardín.

Miré a los demás, a los habitantes habituales de Grenda, los que, como nosotros, habían vivido allí durante años. Un par de ellos habían levantado la mano en la última reunión de padres del colegio para preguntar algo en relación con las celebraciones navideñas que se estaban organizando. Al parecer tenía algo que ver con un villancico en el que salían las palabras Dios o Jesús o Paraíso, y esta pareja, ella profesora universitaria y él editor jefe, había preguntado si la canción no podía considerarse «proselitismo cristiano» y si eso, según el plan de estudios, no estaba prohibido.

Esos dos ahora estaban viendo la tele, donde una persona de los sesenta vestida con el traje típico hablaba con un ritmo lento y un tono anticuado de Jesús y María y Herodes. Pero como todo eso, toda esa situación, la habían presentado y propiciado dos homosexuales, no podían hacer ni decir nada.

Después de un rato, la gente empezó a mirar discretamente a su alrededor, como si buscaran una cámara oculta, como si todo eso fuera una prueba. Tal vez estuviéramos participando en un experimento sociológico, uno de esos que tienen como objetivo mostrar lo racistas y prejuiciosos que somos y lo mucho que nos influye el entorno, y, en ese caso, nosotros, los vecinos de Grenda, habríamos hecho todo lo posible por frustrar ese esfuerzo, porque nos sentíamos superiores no solo a esas categorías, sino también a todas las demás.

—Aprovecho que estáis todos aquí —dijo el Hombre del Jardín cuando acabó el programa— para sugeriros que pongáis algo de orden en el jardín de vuestra casa. Es un vecindario muy bonito y me parece una pena que nuestra parte esté tan abandonada cuando al otro lado de la calle los jardines están tan bien cuidados. ¿Qué os parece si pedimos un contenedor de obra después de la Pascua? También deberíamos debatir si convendría talar

algunos árboles. Hay demasiada maleza. Y los árboles quitan demasiada luz.

Todo el mundo se lo quedó mirando, nadie se atrevía a intercambiar miradas con los demás, mientras el eco de las palabras «un vecindario muy bonito» y «talar algunos árboles» retumbaba en el aire. En Grenda existía la regla de no cortar árboles, especialmente dado que quienes vivían en mansiones al otro lado de la calle los habían talado casi todos y, aun así, nadie dijo nada. Lo mismo ocurrió cuando el matrimonio indio llevaba a los niños en coche al colegio, que estaba a trescientos metros de distancia, y aparcaba justo a la puerta. Cada seis meses, recibíamos cartas y correos electrónicos al respecto por parte del director y de la AFA y, aun así, nadie le dijo nada al matrimonio indio, igual que nadie comentó que en la puerta de la nevera de la pareja homosexual hubiera un imán del partido liberal conservador que decía «Vota Høyre».

En primavera, el Hombre del Jardín encargó un contenedor de obra, y, a pesar de que todo el mundo puso dinero, nadie se implicó en el proyecto. Antes de que llegara el otoño, la pareja homosexual ya se había marchado.

Cuando éramos jóvenes, quienes vivíamos en Grenda creíamos que veinte años más tarde, es decir, ahora, seguiríamos haciendo barbacoas caseras, con el pelo cano, mayores, pero, como en los anuncios de viajes para jubilados, activos, bronceados, en forma. Todo seguiría igual de desaliñado y con el mismo encanto, pero, ante todo, todo mantendría el mismo ritmo y la misma dirección. Por entonces no sabíamos que eso no sucede nunca con nada, porque nadie se escapa a los cambios constantes que son la base de la vida, incluida la nuestra, y ahora hace mucho que desaparecieron la comunidad y las fiestas improvisadas en Grenda. Ahora, los jardines de Grenda están igual de cuidados que los del otro lado de la calle y las barbacoas de bidones se han sustituido por grandes y flamantes barbacoas de gas. En todas las casas de Grenda se han construido un sótano y un ático, y a medida que la casa se expandía los hijos se iban marchando y ahora Grenda está formada por palacios casi vacíos. Los viejos muebles de jardín se han jubilado y sustituido por otros más robustos de ratán sintético que nadie usa. En las encimeras de mármol descansan los robots de cocina más caros del mercado y en lugar de pósteres con chinchetas, en las paredes

hay originales enmarcados. A pesar de que la mayoría de los matrimonios de Grenda siguen intactos, mientras que casi todos los que viven en las mansiones de enfrente se han roto, y a pesar de que a los niños de Grenda les ha ido bien y han emprendido sólidas carreras académicas mientras que muchos de los hijos de quienes viven en las mansiones no se han marchado de casa, en Grenda pervive la idea de que las mansiones son el sistema establecido, mientras que Grenda es la oposición y la revuelta.